

Sentido del dolor

EL mundo contemporáneo suele no encontrar sentido al dolor. El orgullo y el egoísmo se rebelan ante cualquier sufrimiento moral que mortifique nuestros afectos o que conlleve ya sea humillaciones o frustración de nuestros planes humanos. La sensualidad repele todo padecimiento corporal y aún estima inútil o fastidiosa cualquier disciplina o ascetismo.

Por eso, la Semana Santa, que se inicia pasado mañana, resulta particularmente propicia para profundizar en los misterios más sublimes de la fe cristiana, cuya irradiación también alcanza a muchos no cristianos.

Siempre me ha impresionado especialmente la figura de Cristo en el Huerto de los Olivos, la noche del jueves santo. Sufriendo hasta sudar "como gruesas gotas de sangre" (Lc. XXII, 44), Jesús ora diciendo: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero sino como quieres tú" (Mt. XXVI, 39).

LA fe cristiana nos enseña que en la persona única y divina de Cristo hay dos voluntades, una divina y otra humana. Y como la voluntad sigue a la naturaleza, en Cristo también coexisten dos voluntades. Lógicamente, la voluntad divina de

Cristo se identifica con la de su Padre. Pero la sensibilidad humana de Jesús se resistía, en cambio, al terrible sufrimiento espiritual y corporal de su inminente Pasión.

Por eso Cristo le pide al Padre que le aparte ese cáliz de tremendo dolor. No obstante, lo hace con una salvedad fundamental: sólo "si es posible" sin torcer la voluntad del Padre. Porque, en definitiva, ésta debe cumplirse y aceptarse.

Nos indica así Cristo que procurar eludir el sufrimiento es algo humano y legítimo. Pero pretender hacerlo a cualquier costo, no. Únicamente "si es posible" sin apartarse de la voluntad de Dios.

Por el contrario, si para no sufrir hubiéramos de violar algún precepto de la ley de Dios, y caer en falta moral o pecado, entonces no tenemos otro camino lícito que abstenernos de tal



conducta y asumir el dolor que ello entrañe. Y eso ocurrirá constantemente en nuestras vidas. De ahí que San Pablo nos recuerde que no es posible entrar al cielo sin pasar por grandes tribulaciones.

Con todo, si habiendo podido redimirnos de cualquier otra manera, Dios quiso hacerlo a través de la Encarnación. Muerte y Resurrección de su Hijo, el carácter purificador del sufrimiento adquiere para cada uno de nosotros una luminosidad maravillo-

sa. En palabras del propio San Pablo, se trata de completar con nuestros dolores lo que le falta a la Pasión de Cristo. (Col. 1,24)

CIERTO es que, a veces, esos sufrimientos parecen exceder nuestras fuerzas morales y físicas. Allí pensamos que ya hemos cumplido con nuestra cuota y que no cabe exigirnos más. Tendemos a querer arrojar lejos nuestra propia cruz o bien a declararnos aplastados por ella.

Es entonces cuando nos mira Cristo, tres veces derribado por el peso de Su Cruz y tres veces erguido nuevamente hasta llegar a la cumbre del calvario. Nos mira para decirnos que también a nosotros nos serán dadas todas las fuerzas necesarias —y cuantas veces sea menester— para levantarnos y cargar nuestra propia cruz, si estamos asistidos por la Gracia de Dios, que se fortalece en una oración profunda y constante.

Y ahí no sólo aceptaremos la cruz, en lugar de entregarnos a la rebelión soberbia, al abatimiento desesperanzado o a la amargura capaz de odiar. No sólo la aceptaremos resignados. Más que eso, sentiremos emerger en nuestro espíritu —en medio del dolor— un regalo misterioso e incomparable: el don de iniciarnos en el amor a la cruz, como proyección, exigencia y fruto del amor a Dios.

“La Semana Santa, que se inicia pasado mañana, resulta particularmente propicia para profundizar en los misterios más sublimes de la fe cristiana, que también irradian a muchos no cristianos...”